

flexiva, introducía prácticas lascivas y horadaba el comportamiento moral. Lo que evidencia la lucha anticarnavalesca de los comunistas es el modo en que éstos concebían en ese entonces el espacio de la "cultura obrera": autónomo y diferenciado del de la "cultura popular".

Asimismo, estaban las concentraciones que realizaba el PC en las calles. No nos interesa aquí su dimensión política, sino el fenómeno sociocultural que traslucían en el mundo proletario. Los dos eventos claves eran las marchas y actos que anualmente realizaba el PC el 1° de mayo (declarado desde 1899 Día Internacional de los Trabajadores y feriado nacional a partir de 1925) y el 7 de noviembre (aniversario de la revolución bolchevique). Allí los comunistas concentraban todos sus esfuerzos y, por lo menos durante el período analizado, en Buenos Aires se jactaban de reunir regularmente entre 10.000 y 20.000 simpatizantes en cada una de esas fechas. Esas actividades tenían un periplo recurrente, en el que se combinaban actos con múltiples tribunos y desfiles entre la Plaza Once, la Plaza de los dos Congresos y los bordes de la Plaza de Mayo (la Diagonal Sur), acompañados por cánticos, bandas musicales y carteles que identificaban cada una de las columnas. En algunas ciudades del interior del país también se realizaban este tipo de concentraciones conmemorativas.

Hasta el golpe militar de 1930, pudo mantenerse el carácter festivo junto al conmemorativo de estas movilizaciones. Luego, la represión impidió su realización o las inundó de violencia. Tanto la manifestación del 1° de Mayo como la del 7 de noviembre, eran prácticas rituales dotadas de una fuerte carga simbólica, en las que se destacaban determinados valores: masividad, disciplina, carácter proletario y familiar, voluntad por ocupar el espacio público de la ciudad y en las que confluían las reivindicaciones proletarias y los planteamientos y consignas del ideario comunista. El apego a estas celebraciones y manifestaciones constituía una vieja tradición obrera europea y argentina. Operaban como una autotopresentación regular y pública, una exhibición de autodominio, una invasión del espacio social burgués y una conquista simbólica.

El fútbol como deporte obrero y la experiencia de la infancia militante

Para los comunistas existía otra iniciativa sociocultural muy valiosa dirigida a ocupar el tiempo libre de los trabajadores: la actividad deportiva, en especial, el fútbol. Por aquellos años, el PC impulsó la formación de decenas de clubes obreros, por supuesto, de tipo amateur. Esto continuaba una tradición asociativa que, desde principios del siglo XX, había forjado una serie de instituciones deportivas promovidas por sindicatos, sociedades mutuales y comunidades vecinales. De hecho, varios clubes fueron creados por anarquistas y socialistas (como Argentino Juniors y Chacarita Juniors). Los clubes obreros promovidos por el PC surgieron a partir de 1923 y, para 1926, alcanzaban el medio centenar en el ámbito de la Capital Federal. Otra veintena se desparramaba en otras provincias del país, especialmente, en las de Santa Fe, Córdoba y Tucumán. Estaban mayoritariamente dedicados al fútbol y, ocasionalmente, al atletismo, el *basketball* y el ajedrez. En muchos casos, proponían actividades culturales y tenían sus propias bibliotecas. También era frecuente que organizaran festivales y conferencias sobre las virtudes del deporte obrero en teatros públicos barriales.

Como tantos otros de esa época, y con rasgos comunes a los socialistas, los clubes comunistas apenas contaban con recursos materiales y financieros propios. Así, su vida resultó efímera (no más de cinco a siete años), pero realizaron una labor casi constante y parecieron poder construir ciertos lazos identitarios. Tenían un promedio de medio centenar de socios, a los que podían agregarse simpatizantes y ocasionales espectadores. La mayoría alcanzó a conformar varios *teams*, pero algunos no superaron la categoría de "clubes-equipos". Sus canchas nunca abandonaron su estado de precariedad y se ubicaron en esos terrenos urbanos sin edificar que los porteños, durante las primeras décadas del siglo XX, reclamaron y usaron como espacios verdes para la recreación.

Estos campos baldíos, en general, se encontraban en barrios alejados de sus secretarías, como Villa Soldati o Liniers. La distancia entre el lugar de juego y la sede sugiere que, aunque eran expresión de la vida del vecindario en donde estaban insertas estas últimas, estos clubes traspasaban los límites barriales y se constituían esencialmente a partir del gremio (de hecho, algunas instituciones deportivas eran específicamente de los sindicatos dirigidos por los comunistas o en los que éstos ejercían una influencia importante) o el grupo de fábricas a las que pertenecían sus miembros.

Al revisar los nombres de los clubes comunistas, puede observarse su singularidad frente a los otros de carácter popular surgidos durante las primeras décadas del siglo XX, que mayoritariamente recurrieron a denominaciones como Argentino (para diferenciarse de las primeras instituciones inglesas); Unidos o Defensores (que aludía a un agrupamiento y representación territorial); Estudiantes, Juniors o Juventud (que realizaba un recorte generacional); y un conjunto heterogéneo en donde se encuentran algunos nombres ingleses, otros que surgen del ambiente simbólico religioso, muchos asociados a las fechas patrias o a próceres de la historia argentina y una gran cantidad vinculados a los vecindarios o localidades de origen.

Los clubes del PC, en cambio, prefirieron otros apelativos, propios de la liturgia anticapitalista: un panteón en el que aparecen líderes marxistas (Rosa Luxemburgo, Sportivo Lenin) o figuras ajenas a él (como el geógrafo anarquista Elisée Reclus, el escritor Emilio Zola o el creador de la imprenta Gutenberg); la iconografía del socialismo y la clase obrera mundial (Hoz y Martillo, 1° de Mayo, Sol de Mayo, Hijos del Pueblo, La Internacional, La Chispa, La Antorcha); todas las conjugaciones posibles de "rojo" (Estrella Roja, Alba Roja, Deportivo Rojo, Aurora Roja); y una serie de valores universales de redención (Justicia, Salud y Fuerza, Unión y Trabajo, Valor y Verdad, Deportivo Luz, Claridad).

Aquí hubo un campo común con el PS, quien, para denominar a esa veintena de clubes que había montado por aquella época en sus comités barriales, también recurrió a personajes marxistas o del progresismo laico y a imágenes proletarias emblemáticas. Acompañando una tendencia general, tampoco hubo clubes comunistas que aludieran a una identidad étnica, nacional o idiomática, que en el fútbol argentino se hicieron más comunes luego de 1930. De este modo, los numerosos obreros inmigrantes comunistas se enrolaron en clubes cuyo principio

articulador fue siempre el lugar donde se ubicaba el sitio de trabajo, el sindicato o la vivienda. El horizonte clasista aparece implícito o explícito en todos ellos. Así, hasta los que usaron el término *juventud*, lo acompañaron del adjetivo *obrero*.

Desde julio de 1924, estos clubes se agruparon, o sumaron luego, en una institución madre: la Federación Deportiva Obrera (FDO), que se comportaba como Sección Argentina de la Internacional Roja del Deporte y la Gimnasia, y tenía sus sedes en locales del PC. A los pocos meses de crearse en Capital y Gran Buenos Aires, también se fundó la FDO Provincial de Córdoba y, más adelante, las de Santa Fe y Tucumán. La FDO buscaba convertirse en una entidad, tal como se proponían,

"... que permita la práctica libre del deporte a la juventud obrera, que oprimida en los talleres es explotada por el capitalismo en todos los órdenes de la actividad humana, inclusive en el deportivo. Organismo encargado, por otra parte, de apartar a las masas juveniles del deporte burgués..."

La FDO mostró un desarrollo vasto. Organizaba un campeonato de fútbol de cinco divisiones, en el que intervenían los equipos nombrados. Tenía su propio reglamento de disciplina, que fijaba las reglas del juego y definía la organización interna de los clubes y su relación con la Federación. También poseía una agrupación de *referees* (encargada del seguimiento de las pautas de comportamiento) y un boletín donde se resumían sus actividades; periódicamente, realizaba congresos nacionales. *La Internacional* tuvo desde mayo de 1925 una sección deportiva diaria en sus páginas; allí se informaba acerca de los eventos realizados por cada club, se presentaba el *fixture* de encuentros, se comentaban los *matches* y se ofrecía la tabla de posiciones de los campeonatos. La mayoría de los clubes y la propia federación estaban controlados por el PC, y funcionaban al lado o en los comités barriales del partido. Sin embargo, había algunos clubes independientes que tenían una tradición propia; ése era el caso, por ejemplo, del Club Juventud Obrera de Villa Castellino, fundado en 1914 por un grupo de operarios de la vidriería Papini.

La FDO poseía un discurso específico: reivindicaba un deporte *rojo* y *proletario*, y lo contraponía a la mercantilización y a la corrupción que habría sufrido bajo el régimen capitalista, en donde el amateurismo perdía espacios frente al avance de la práctica profesional, en la que los ju-

gadores encontraban un medio para obtener réditos económicos. Claro que esta defensa del amateurismo tenía razones bien diferentes de la que sostenían los sectores aristocratizantes. Éstos, en la visión del PC, querían salvaguardar el carácter aficionado de la actividad para mantenerla bajo el dominio de los ricos, los únicos que podrían disponer libremente del tiempo de ocio necesario para desarrollarla.

Es evidente que estas esperanzas comunistas fracasaron, pues las tendencias a la profesionalización del fútbol avanzaron inexorablemente. En verdad, estas últimas habían tenido un origen democratizante: si se rentaba a los jugadores, se lograría que los pobres se pudieran dedicar por entero a la práctica futbolística y así igualar sus oportunidades con los ricos. Pero esta concepción abrió paso a los mecanismos de mercado. Junto a ello, al poco tiempo, las instituciones del fútbol acabaron por entronizar a ciertas élites que pudieron obtener buenos ingresos lucrativos y construir estrechas vinculaciones con el poder político y económico. Este proceso finalizó con la creación, en 1934, de la Asociación del Fútbol Argentino (AFA), imponiéndose definitivamente la profesionalización y masificación del fútbol, cuyas evidencias eran el aumento de espectadores en las canchas y el crecimiento de los "Cinco grandes" equipos (River Plate, Boca Juniors, San Lorenzo, Independiente y Racing Club), que contaban para 1930 con más de 50.000 socios. Los clubes comunistas tuvieron vinculaciones con otros clubes porteños con impronta proletaria, aunque con mayor tradición, como el Club Atlético Barracas Central y el Club Atlético Colegiales. Cuando debió organizar algún *match* importante, la FDO utilizó las instalaciones del Club Atlético Atlanta, ubicado en Villa Crespo.

Si la actividad de los clubes deportivos comunistas se orientaba específicamente a la juventud obrera masculina, las entidades infantiles del partido pretendían encarar la socialización cultural de los niños. El PC le dedicó gran atención al tema de la minoridad, como parte de sus preocupaciones por el proceso de transmisión intergeneracional del proyecto comunista. Lo hizo con un contenido más militante y distante de la mirada médico-higienista y positivista que tuvieron los socialistas, en un ámbito que, por lo demás, siempre definió como "infancia proletaria". Desde los primeros años veinte, se conformaron las Agrupaciones Infantiles Comunistas, que procuraban reunir a los hijos de obreros con fines educativos, culturales y propagandísticos, y que, al mismo tiempo, buscaban impactar sobre sus progenitores.

Para promover la acción de estos grupos infantiles proletarios del PC, existía un órgano de prensa específico: *Compañerito*. Tuvo dos etapas: la primera, en la que el PC declaró una tirada de unos 25.000 ejemplares, se extendió entre mayo de 1923 y el golpe militar de 1930, y se editó como "Periódico mensual para los niños"; desde julio de 1932, reapareció como "Periódico de los niños explotados. Editado por la Federación Infantil de Pioners". La publicación se adjudicaba la misión de construir, en los menores proletarios, valores opuestos a los impartidos por el Estado, el sistema educativo, la Iglesia y algunos medios de comunicación.

En un formato pequeño y con un diseño ágil —textos cortos y muchas ilustraciones—, *Compañerito* recorría un espectro temático que iba desde la reivindicación inmediata de ciertos derechos hasta el discurso más utópico de transformación social. En el segundo sentido, se encuentra una saturación de textos e ilustraciones que proyectaban imágenes de la sociedad futura, en clave de mística doctrinaria: en un número, por ejemplo, un dibujo mostraba a chicos de distintos lugares del mundo, entrelazados, haciendo una ronda alrededor de una bandera roja, con una frase que rezaba: "Pronto llegará el día en que los niños de todos los pueblos de la tierra podrán estrechar sus manos en torno de la única bandera de fraternidad"; en otro, tras la consigna "Niños proletarios contemplando ansiosos la salida del nuevo sol, la Sociedad Comunista", se observaba a una madre abrazada a sus hijos, que asistían alborozados al amanecer resplandeciente de una hoz y un martillo.

Compañerito se posicionaba como rival de las revistas infantiles "burguesas", como *Billiken* (impulsada por la Editorial Atlántida, de Constancio C. Vigil, con cierta orientación conservadora y católica), a la que llamaba a boicotear, tanto por su contenido como por sus manejos empresarios. *Compañerito* también incorporaba motivos profanos: reproducía cuentos y poemas infantiles, cartas enviadas por escolares, juegos de ingenio, ejercicios para repasar la tabla de multiplicar, dibujos y chistes. En cada material, se filtraba un lenguaje o sentido común de clase y una pedagogía proselitista en clave obrerista.

En las labores de carácter recreativo también ocupaban un lugar central las agrupaciones infantiles del PC. Una de ellas era la organización de los "domingos comunistas", jornadas al aire libre en donde los menores practicaban deportes y juegos, alternados con la entonación de himnos proletarios (como "La Internacional" o "Hijos del Pueblo").

Por otra parte, si desde principios del siglo XX entre los socialistas se había volcado el trabajo escénico de los niños al servicio de la causa proletaria, advertimos que los comunistas potenciaron esta experiencia. Esto ocurría con las grandes "matinéas infantiles" en las que los "camaraditas rojos", acompañados por sus madres, se entretenían con cantos, danzas, obras de teatro, números de declamación e himnos. Todos los años, en el mes de junio, transcurría la "Semana internacional de los niños proletarios". En esa oportunidad, a pesar de que la convocatoria aparecía regida por un objetivo político ("... que los hijos de los obreros puedan expresar intensamente todo el dolor de la explotación despiadada del capitalismo, a la par que el deseo de colaborar eficazmente con los adultos en la lucha por la emancipación"), la actividad giraba en torno a un gran festival.

En esos eventos, los "compañeritos" eran sometidos a un extremo grado de politización:

"Un número que gustó con delirio fue la ronda adaptada 'En el puente de Avignon'. Un grupo de pibes de las Agrupaciones Infantiles la realizaron con mucha gracia, ridiculizando con acierto al capitalismo, a los radicales, a los socialistas, al fascismo y entonando loas al proletariado y al Partido Comunista".

Luego continuaba:

"Ya el salón desierto y triste por la falta de sus pequeños animadores, al salir el cronista a la calle, escuchaba aún a lo lejos a un grupo de compañeritos que cantaban el motivo de la ronda: 'A un Centro Comunista van mis padres, van mis padres. A un Centro Comunista van mis padres y yo también'".

Si los "niños obreros" eran entretenidos por el PC en clave lúdico-pedagógica, éstos nunca dejaban de ser empleados, al mismo tiempo, como precoces propagandistas del ideal comunista; de esta manera, se los subordinaba a la lógica del compromiso doctrinario. Aquí hubo una gran similitud con el anarquismo, que desarrolló una concepción integral del niño militante.

La participación de artistas y escritores

¿Cuál fue el lugar de intelectuales, escritores y artistas en esta recreación comunista de una "cultura obrera" durante los años veinte y hasta mediados de los treinta? Aquí el balance se vuelve complejo. Por una parte, experimentaban una atracción hacia el PC debido a una serie de factores: la permanencia del ideal del comunismo y de la causa de la revolución soviética; la creencia en una caída inminente del capitalismo tras la crisis de 1929; la creciente conflictividad social que se vivió a partir de este fenómeno; los vínculos orgánicos con la clase trabajadora que demostraba poseer el partido; el compromiso de lucha que exhibían sus militantes; la búsqueda de una nueva cultura.

El impacto de la revolución rusa en el medio intelectual y cultural argentino dibujó una ola de simpatía que fue más allá del espacio del PC, construyendo un momento de identidad específico para una camada amplia de hombres y mujeres. Sin embargo, la incorporación de intelectuales y artistas al PC o, en algunos casos, que siguieran, al menos, siendo sus "compañeros de ruta", se veía dificultada por el acérrimo obrerismo que caracterizaba a la organización. En general, los intelectuales y los artistas eran definidos bajo el peyorativo término de *pequeñoburgueses*, propensos a todo tipo de desviaciones. También influía la existencia de una dirección partidaria todavía débil, cambiante e inexperta, que se mostraba hostil a la independencia de criterio de la que hacían gala algunos de aquellos individuos. A esto se sumaría el fuerte sectarismo que definió al "tercer período" en todo el comunismo internacional, que, en el plano artístico y cultural, coincidió con una creciente desconfianza hacia las experimentaciones de las vanguardias estéticas y científicas, y con una progresiva instauración de los principios soviéticos del "realismo socialista". Ésta fue una tendencia artística que se fue imponiendo en la URSS a partir de los años treinta, con la entronización del estalinismo, y desde allí hacia los distintos partidos comunistas del mundo, que pautaba un arte casi exclusivamente ordenado en torno a las preocu-